

enemigos. Así se impone la verdad á los espíritus desapasionados.

11. Recojamos de la boca misma de los que no sienten con nosotros las preciosas ideas que nos podrán servir para poner en evidencia la verdad que venimos defendiendo. La sociedad atea, ó divorciada de la religión, lleva en su seno gérmenes de muerte que acabarán por disolverla. Tales son el desprestigio de la autoridad y la relajación de los vínculos sociales. Sin la idea de Dios, sin el respeto á su Majestad, públicamente demostrado por la nación en cuerpo, no queda al poder público otra base, otra razón de ser que la conveniencia, la utilidad, ó bien, cuando el poder se extralimita, cuando abusa de su posición, la posesión de la fuerza, el *quia sum fortis* del león de la fábula. Manda y se le obedece por necesidad ó por temor. Y ¿os parecen, hermanos míos, bastante sólidas y duraderas estas bases de la autoridad? y ¿no podrían ser conmovidas y derrocadas por la ola furiosa de la revolución? y ¿no ha sucedido esto ya más de una vez, y no está amenazando volver á suceder? El cataclismo social ¿no está pendiente, como la espada de Damocles, sobre la cabeza de los gobiernos ateos? ¿Cómo se sostiene hoy el orden público, cómo se mantienen en pie las instituciones sino por la fuerza material? y ¿es el derecho el que ejerce primacía hoy en las naciones? ¿no es la fuerza de los cañones, ó más bien, el oro, que todo lo puede?

Y ¿qué pensar del porvenir de unas naciones en que el vínculo social se ha relajado por la incredulidad ó el indiferentismo hasta el extremo de que ya apenas se miran los hombres como hermanos, á pesar de ser hijos de una misma madre, la patria, otro tiempo tan grande y tan amada? Míranse como meros asociados, ¿que digo? como enemigos unos de otros, como víctimas y verdugos, opresores y oprimidos. ¡He aquí en lo que ha venido á parar la decantada fraternidad de la escuela revolucionaria: en

odiarse mutuamente las clases sociales, los ricos y los pobres, los que ocupan las alturas del poder y los que se arrastran por el suelo! ¿Dónde están los hermosos sentimientos de amor patrio, de beneficencia social, de confraternidad entre los miembros de una misma agrupación política? Todo falta necesariamente donde falta la fe en Dios, el culto de la divinidad, el espíritu religioso, donde el Estado hace profesión de ateísmo y con su ejemplo arrastra las generaciones al abismo de la irreligión, si ya no lo hace con leyes positivas de enseñanza atea y decretos contra el culto católico, oprimiendo las conciencias y atropellando los derechos de los ciudadanos.

12. ¿Dónde encontrar el remedio de estos males gravísimos, de esta situación social insostenible, aterradora? ¿Dónde? en ninguna parte sino en la vuelta del individuo y de la sociedad á su principio, al orden, al reconocimiento y á la adoración del Dios á quien, en mala hora, ha vuelto las espaldas. Es preciso apostrofar á las naciones modernas, como el profeta á la antigua Jerusalén: *Hierusalem, Hierusalem, convertere ad Dominum Deum tuum!* El trastorno de la sociedad no puede ser más radical: radical debe ser el remedio. Esperemos, hermanos carísimos, en la misericordia de Dios que hizo sanables á las naciones<sup>1</sup>.

## QUINTA CONFERENCIA.

### El Dogma.

Dum lucem habetis, credite in lucem, ut filii lucis sitis.

Io. 12, 36.

1. ¡Qué contrasentido, hermanos carísimos en nuestro Señor Jesucristo, oponer á la luz del cielo las luces de la tierra, á la luz increada las luces menguadas de la humana razón! Pero ¿qué es lo que digo? ¿por ventura puede

<sup>1</sup> Sap. 1, 14.

haber oposición entre luz y luz, siquiera sea una infinita y otra infinitésima? De ninguna manera; luego la pretendida oposición, la pugna verdadera tiene que ser entre las tinieblas que se ensañan y revuelven contra la luz, y la luz que las disipa. Así es en efecto, porque, bien visto y averiguado este fenómeno moral, no es la razón sino la preocupación, la pasión del hombre carnal la que forcejea por destruir, por apagar la refulgente antorcha de la fe. Pero el fenómeno subsiste por desgracia, ó mejor dicho, para vergüenza y confusión del hombre que, como de los judíos profetizó Isaías, «tiene ojos y no ve, inteligencia y no conoce»<sup>1</sup>. Sí, cristianos; hay no sólo entre los incrédulos confesos, sino entre los que blasonan de católicos quienes, si no rechazan absolutamente el dogma, lo miran de reojo, quisieran que no se predicase, que no fuese necesario someter á él la razón, que bastase una fe vaga en la divinidad y la práctica de la moral para satisfacer el deber de profesar la religión. Pretensión intolerable y absurda, porque ¿cuándo se ha visto religión sin dogma? En algo hay que creer, porque el entendimiento tiene necesidad de conocer la verdad religiosa, tiene hambre de misterios, y si no logra satisfacerla con verdades positivas, tendrá que devorar absurdos, pero no podrá quedar tranquilo en el vacío, en la incredulidad. Y por lo que hace á la religión verdadera, tiene un símbolo completo, un catálogo de verdades que la razón debe aceptar y creer para perfeccionar su unión racional con la suma Verdad, para ser iluminada con la luz misma de Dios. Oíd á Jesucristo que abiertamente se proclama «Luz»: *Ego lux veni in mundum*<sup>2</sup>, diciendo que fuera de Él no hay más que tinieblas. «Aprovechad la luz para caminar, no sea que os cojan las tinieblas, y el que anda á oscuras no sabe adónde va.»<sup>3</sup>

<sup>1</sup> Io. 12, 40.<sup>2</sup> Ibid. 12, 46.<sup>3</sup> Ibid. 12, 35.

2. Es preciso, pues, hablar del dogma, ya que hemos emprendido la tarea no infecunda de desarrollar la materia de la religión práctica, uno de cuyos deberes imprescindibles es la fe, ó el asentimiento á las verdades reveladas por Dios, cuyo conjunto constituye el dogma. Depongamos toda preocupación contra él; por el contrario mirémoslo como una fuente de verdad y de luz que no podrá menos de satisfacer la inteligencia al par que el corazón. ¿Qué es el dogma? ¿de dónde viene? ¿cuáles son sus frutos? ¿qué deberes nos impone? Tales son los puntos principales que ocuparán nuestra atención, después de haber implorado humildemente los auxilios del Padre de las luces. La materia es tan ardua como interesante, pero me anima hoy como siempre, vuestra benévola indulgencia.

## I.

3. El dogma, hermanos carísimos, es la afirmación, así como el escepticismo es la negación, la duda. Pero tratándose de dogma religioso, es la afirmación de las verdades relativas al Ser divino y á nuestras relaciones con él, conocidas no ya con la luz de la razón natural sino con la superior luz de la revelación. Y ¿por qué afirmar estas verdades? Por la certeza que de ellas tenemos, fundadas en la autoridad, superior á cualquier otro fundamento de certeza, de la palabra del mismo Dios que se ha dignado descubrirnoslas. Dios ha rasgado el velo de tinieblas que encubría á nuestra inteligencia esas maravillas del mundo sobrenatural, y nos ha bañado con un rayo de su luz. «Honor á vosotros, los creyentes», decía el apóstol San Pedro, «á quienes Dios ha llamado del seno de las tinieblas á la región de la luz, para que proclaméis á la faz del mundo la divinidad de aquel que os eligió para sí.»<sup>1</sup> No contento el Criador con aquella doble revelación

<sup>1</sup> I Petr. 2, 9.

natural, si así puede llamarse, de la inteligencia, luz de Dios reflejada en el espejo del espíritu humano, y de los sentidos con que se nos descubren las huellas de la omnipotencia, bondad y sabiduría del Autor del universo en la contemplación de la naturaleza, quiso Dios comunicarse directamente con nosotros dirigiéndonos la palabra, conversando con su criatura racional desde el principio de los tiempos. «Es un punto fundamental de la doctrina católica», diré con el sabio Padre Lacordaire, «que en el principio del mundo fué derramada una palabra de Dios sobre la humanidad, y que aquella palabra no ha dejado de vivir en ella y de difundirse, ya pura, ya alterada, como un eco inmortal de la verdad. Tradiciones comunes á todos los pueblos y á todos los siglos atestiguan esta revelación oral hecha primitivamente al género humano. . . . Hechos y descubrimientos confirman la página de la Escritura que nos muestra á Dios hablando con el hombre, y acabando por la efusión de la luz oral lo que había comenzado por el don de la luz inteligible y de la luz sensible.»<sup>1</sup>

4. El hecho de la revelación es tan claro como la luz del día. No es sólo un hecho histórico, el más auténtico de la historia, sino una realidad viviente, palpitante, como la luz que nos alumbra y el aire que respiramos. Pues ¿qué otra cosa es la vida de la Iglesia, el cristianismo todo, sino el testimonio vivo, constante de la revelación? ¿cómo pudiera existir aquélla si la revelación no fuese real? Tan imposible sería eso como edificar en el aire un magnífico y sólido palacio. La Iglesia, como sabéis, está fundada sobre el cimiento de aquella palabra inmortal: *Tu es Petrus, et super hanc petram ædificabo Ecclesiam meam.*<sup>2</sup> Yo te digo que tú eres la piedra y que sobre tu confesión edificaré mi Iglesia. La confesión de San Pedro fué la de la divinidad de Cristo, el dogma cardinal del cristia-

<sup>1</sup> Lacordaire, Confer. 49.

<sup>2</sup> Matth. 16, 18.

nismo; y esta gran verdad asegura el mismo Cristo que le fué revelada á Pedro por el Padre celestial<sup>1</sup>. Ahí tenéis la revelación tan actual, tan evidente como la misma Iglesia que descansa sobre ella. Y así como los poderes del infierno no han prevalecido hasta hoy contra la obra de Jesucristo, así tampoco los sofismas del racionalismo podrán desmentir jamás la verdad de la revelación. «En mil ocasiones y de mil maneras habló Dios á nuestros Padres», escribía el apóstol San Pablo á los hebreos, «y en estos últimos días nos ha hablado á nosotros por la boca de su Hijo á quien hizo heredero universal, y por quien fueron hechos los siglos.»<sup>2</sup> Alude el Apóstol á las comunicaciones de los profetas con Dios por el ministerio de los ángeles, comunicaciones cuya realidad está comprobada por el testimonio de un pueblo entero, testigo ocular durante una larga serie de siglos, del cumplimiento de los vaticinios proféticos; más aún, testigo y actor en los acontecimientos maravillosos de que está llena su historia. Negar, pues, la existencia de la revelación en el antiguo Testamento equivaldría á negar ó tener por fabulosa la existencia del pueblo judío, cosa á todas luces imposible. Por eso observa el Apóstol de las gentes que la palabra divina transmitida á los hombres por los ángeles adquirió una firmeza incontrastable y sus prescripciones fueron guardadas tan escrupulosamente que no quedó su transgresión sin severo castigo<sup>3</sup>. Hoy mismo las dispersas reliquias de ese pueblo formado por la palabra de Dios y destruído por la incredulidad á esa misma palabra, son una prueba irrecusable de la verdad de la revelación en los antiguos tiempos. Por lo que toca á los tiempos nuevos, al nuevo Testamento de Jesucristo, lo he dicho antes, la existencia de la Iglesia está pregonando á voz en cuello la realidad de la revelación en los días novísimos que alcanzamos. ¿Es

<sup>1</sup> Matth. 16, 17.

<sup>2</sup> Hebr. 1, 17.

<sup>3</sup> Hebr. 2, 2.

posible, hermanos carísimos, negar el Evangelio? ¿y la predicación de los apóstoles? ¿y las cartas apostólicas? ¿y los milagros y portentos, de que habla el mismo San Pablo como de hechos públicos y notorios á todos los judíos, y las virtudes sobrenaturales de que aparecieron revestidos los fieles en aquellos primeros albores del cristianismo, y los dones del Espíritu Santo distribuidos á toda clase de personas á voluntad del Señor? Y ¿qué si contemplamos toda la tierra sometida por encanto á la autoridad de esa misma palabra y al imperio del Redentor? ¿Será, pues, razonable poner en duda la verdad de la revelación? Luego es preciso, debemos concluir con el citado apóstol, aceptar con más respeto y veneración que los antiguos, la doctrina que ha llegado á nuestros oídos, el dogma de salvación, no sea que perezamos por incrédulos<sup>1</sup>.

5. Bastaría para convencernos de que Dios ha hablado personalmente á los hombres el saber que Dios es padre, y ¡qué padre! el más amoroso y solícito de la felicidad de sus hijos. ¿No es oficio natural del padre adoctrinar á aquellos á quienes dió el ser y da el sustento corporal? «¿Tienes hijos?» dice el mismo Dios por el Eclesiástico, «pues enséñalos y edúcalos desde su niñez»<sup>2</sup>. Y aunque no fuese por deber de la paternidad, ¿no bastaría el amor de padre para obligarle á conversar familiarmente con los hijos de sus entrañas? Ciertamente no debemos creer que Dios es menos padre con el hombre, que cualquier otro que de Dios ha recibido la dicha de poder llamar á otro hombre con el dulce nombre de hijo. Ni se diga que Dios no puede hablar con su criatura, ni hacerse entender de ella, porque tales conceptos serían injuriosos á la omnipotencia y á la sabiduría del Criador. Ya decía el profeta David: «¿Por ventura no oirá el que fabricó el oído? ¿ó no verá el artífice del ojo humano?»<sup>3</sup> Lo mismo podríamos

<sup>1</sup> Hebr. 2, 1.      <sup>2</sup> Eccli. 7, 25.      <sup>3</sup> Ps. 93, 9.

decir. ¿No hablará el que dió al hombre la preciosa facultad de hablar? Con razón rogaba al Señor otro profeta diciendo: «Habla, Señor, que tu siervo te oye.»<sup>1</sup> Sí, carísimos hermanos, tan cierto es que Dios puede dirigir al hombre su palabra, como que éste puede oírla y entenderla. Nada encuentra en esto la razón que desdiga de los atributos ó de la majestad del Ser infinito; muy al contrario, nada parece más conforme á su naturaleza y más en armonía con su misericordia.

He aquí, pues, manifiesto el motivo principal de la revelación: la bondad divina, su adorable providencia. Así nos lo enseña el gran Doctor de las naciones, refiriéndose á la última y principal revelación, la del Verbo encarnado. «Apareció», dice, «la gracia de Dios Salvador nuestro, para todos los hombres, enseñándonos á vivir en la templanza, justicia y santidad sobre la tierra, renunciando á la impiedad y á los deseos mundanales con la esperanza de la bienaventuranza á la llegada gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo.»<sup>2</sup> Nada resplandece tanto en el antiguo y en el nuevo Testamento, como ese carácter paternal de Dios que habla á sus criaturas racionales, ora para enseñarlas, ora para reprenderlas amorosa y tiernamente, como á hijos muy amados de su corazón. Y ¿habrá quien diga que ese buen Dios, maestro y consejero del hombre, ha querido, al proponernos el dogma, imponer cadenas al pensamiento, derramar tinieblas en el espíritu humano, abrumarle bajo el yugo de su tremenda autoridad?

¿Qué pensar de unas preocupaciones tan ajenas al verdadero carácter de la revelación? Sí, hermanos míos, preocupaciones, nada más, son éstas, nacidas de la irreflexión y del orgullo sublevado contra lo que humilla en apariencia.

6. Nada menos que eso en realidad. El dogma, lejos de abatir á la razón humana, la enaltece, la sublima, y

<sup>1</sup> 1 Reg. 3, 9 10.      <sup>2</sup> Tit. 2, 11.

si es que humilla al orgullo, enhorabuena, ¿por ventura no deben abatirse las pasiones? Y el orgullo ¿no es precisamente lo que más oscurece la razón? ¿Qué es lo que hace el dogma revelado? Disipar nuestra ignorancia en materia religiosa, darnos á conocer verdades que la inteligencia del hombre no habría jamás alcanzado á conocer, en una palabra, satisfacer esa gran necesidad moral que sólo Dios pudiera satisfacer con su palabra dotada de infalible autoridad. Oigamos á un profundo filósofo cristiano que ha estudiado concienzudamente el cristianismo, siguiendo las huellas luminosas de los grandes teólogos católicos. «Después de haber facilitado á la razón de la multitud el conocimiento de las verdades fundamentales, y reconducido al estado de certidumbre para todos los hombres aquellas prenociones y conjeturas que constituían el tormento de las más elevadas inteligencias<sup>1</sup>, el cristianismo (el dogma) reveló además verdades que hubieran estado para siempre fuera del alcance del espíritu humano. La Trinidad de personas en Dios, la Encarnación del Verbo, la Redención de la humanidad, la caída del primer hombre, la rehabilitación en el Hombre-Dios, y todo ese magnífico conjunto de verdades que pertenecen á la teología propiamente dicha, suponen y agrandan aquellas otras verdades más sencillas que pertenecen á la teología natural, de la misma manera que corresponden éstas á los más puros instintos de la razón. Descubriéndonoslas, no hizo más el cristianismo (la revelación) que desarrollar una perspectiva cuyo punto visual está en la razón y cuyo fondo refleja luminosamente sobre todo lo que precede, y todo lo alumbraba en derredor nuestro y dentro de nosotros mismos.»<sup>2</sup> Nada más sólido ni más claro que esta exposición

<sup>1</sup> Pintado admirablemente por Jouffroy (Del problema del destino del hombre).

<sup>2</sup> Aug. Nicolás, Estud. filos. sobre el Cristianismo, 3<sup>a</sup> p., c. 7.

de nuestro dogma. Y yo pregunto á los espíritus imparciales que me escuchan, ¿dónde está aquí la humillación de la inteligencia, las tinieblas, la esclavitud, el aprisionamiento de la verdad, la muerte de la ciencia? El imperio del dogma no empieza sino donde acaban los dominios de la ciencia. La fe, como se ha repetido mil veces, se asemeja al telescopio que agranda el horizonte de la inteligencia y le permite descubrir nuevos astros en el cielo del pensamiento y de la verdad<sup>1</sup>.

7. ¿Qué encierra, pues, el dogma tan aborrecido por unos, tan desdeñado por otros, tan temido por algunos? ¿Qué ha de encerrar sino verdades, y verdades de suma importancia que á todos les es preciso conocer? Esto mismo explica la conducta de los hombres con relación al dogma. Hay verdades que despiertan el odio en los corazones viciados<sup>2</sup>; las hay que por su naturaleza espiritual no interesan al hombre del siglo, al que vive esclavizado á la sensualidad y á la codicia de los bienes materiales; hay otras, finalmente, que estremecen con sólo que se enuncien, como las que predicó San Pablo al procónsul Félix<sup>3</sup>. De todas maneras son verdades nuestros dogmas, porque aquel que los ha revelado es veraz é infalible, es la Verdad misma<sup>4</sup>, el raudal de toda verdad, como de todo ser. De estas verdades no todas son de orden sobrenatural en sí mismas, como ya dejamos insinuado; las más, sin embargo, son de este género, *arcana verba*, que decía el Apóstol<sup>5</sup>, verdades por consiguiente incomprensibles como que exceden á todo el alcance del humano entendimiento. Nada pueden aquí el talento, el genio mismo, la más vasta ilustración, la ciencia más encumbrada. Jesucristo bendecía al Padre celestial porque «había ocultado estas verdades á los sabios y las había dado á conocer á los párvulos, á los ignorantes»<sup>6</sup>.

<sup>1</sup> Leibnitz cit. por Aug. Nicolás ibid.

<sup>2</sup> *Veritas odium parit.*

<sup>3</sup> Act. 24, 25.

<sup>4</sup> Rom. 3, 4.

<sup>5</sup> 2 Cor. 12, 4.

<sup>6</sup> Luc. 10, 21.